

Época del caucho

Retratos del horror

Prólogo

Percy Vílchez y el ojo que piensa

He leído de un tirón *Época del caucho: retratos del horror* que nos propone Percy Vílchez. Se trata de un conjunto heterogéneo de fotografías, obras de arte, testimonios, genocidio cauchero, relatos, mitos y otros materiales que le sirven al autor para dar sustento a su discurso sobre la resistencia amazónica. He leído su propuesta de un jalón, como ya dije. E inmediatamente me he preguntado: ¿cómo calificar al lector que temprano por la mañana comienza a leer un libro y no lo suelta hasta haberlo terminado, por la noche, ya bastante tarde? ¿Un obseso? ¿Un apasionado de la lectura o del sujeto amazónico? ¿Un militante de las resistencias? La forma y el fondo cuentan mucho para enganchar al lector.

Lo normal es leer con paciencia y con un lápiz en la mano. Tomar notas. Subrayar. Formularse preguntas. Pero yo no he hecho nada de eso. *A posteriori*, después de la maratón, he anotado esto. De entrada, Percy Vílchez nos presenta a una mujer de Chachapoyas organizadora de combatientes que salen en grupo a enfrentarse con los guerreros andinos al mando de Túpac Yupanqui. Mamanchic, así se llama la mujer de Chachapoyas, no apeló a la efusión de la violencia ni a la imprevista emboscada. Le interpuso al invasor la magia de su verbo, la razón de su palabra. El líder andino frenó sus arrestos de conquista, renunció a su efusión de armas y emprendió la retirada con todos sus guerreros. El mismo fotógrafo, o sea el recuperador de la imagen de Mamanchic, interpreta la imagen captada: «Este episodio de coraje antiguo revela, desde la conducta ejemplar de una mujer, la tantas veces citada furia amazónica que anduvo en rebeliones para defender el ámbito propio muchas veces amenazado». Estamos ante una foto de 1445, paradójicamente de

siglos antes de la invención de la fotografía. Estamos ante una foto creada por la palabra de Percy Vélchez.

Lo que nos fascina en esa foto es lo que representa. Es decir, su referente. El principio de la foto tal como es concebida ahora es ponernos ante algo que nunca más se podrá repetir de la misma manera porque precisamente esa es la naturaleza de la foto: documento del instante. Roland Barthes ha sostenido que las fotos pueden verse y comprenderse desde varios puntos de vista, esencialmente desde lo que el fotógrafo, en este caso el escritor, ha captado; al mismo tiempo, desde el punto del espectador, es decir, el lector; y, claro, desde la «lectura» o interpretación de lo que la imagen misma representa para el ojo que piensa. En suma, la foto representa el momento en que la figura captada se transforma en objeto de observación.

La foto de Mamanchic fue tomada inicialmente por el Inca Garcilaso de la Vega y fue extraída de su libro *Los comentarios reales*. Seis siglos más tarde esa imagen le sirve a Percy Vélchez para argumentar sobre «El coraje femenino y la visión oriunda». La reflexión de Vélchez se nutre no solamente de ese documento al alcance ahora de cualquier interesado en nuestra historia. Se enriquece con otras «fotos», con otros documentos poco conocidos sobre la resistencia amazónica a la invasión y despojo que han sufrido las poblaciones locales durante los siglos transcurridos desde el encuentro entre occidente y el mundo amazónico.

Otros ojos, otras sensibilidades, la mayoría de las veces se han centrado en la victimización de los indígenas selváticos durante el tiempo cauchero. Sostiene Vélchez que pareciera que no existiesen otros textos, documentos, que no asuman ese calvario cuando se refiere a esa barbarie:

Nos parece que el horror del genocidio ha impedido una mirada más profunda al papel que cumplieron realmente los oriundos en ese indeseable capítulo de nuestra historia regional. Lo indígena es

más que la suma de vejados, de torturados, de muertos; es más que la adición de restos, de infortunios. El error consiste, nos parece, en considerar a los indígenas como anclados en ese momento de sangre, eludiendo la visión colectiva, la continuidad histórica, donde resaltan muchas virtudes, siendo una de las principales la capacidad de sobreponerse a los desastres. El otro error es el de haber asumido, casi siempre, el punto de vista del cauchero, del patrón, del capataz como victimarios o verdugos de las razas vejadas. El anacrónico modelo se ha repetido de libro en libro, descartando otros asedios. (p. 460)

He ahí el mérito de estos retratos expurgados de los archivos para ponerlos al alcance de cualquier curioso. En palabras propias del ojo que piensa, él busca desenclavar la mirada y observa a nuestros paisanos como un todo, desde el interior de sus logros y hallazgos basados en fotografías, publicadas hace un siglo.

El libro se compone de ocho series de daguerrotipos. El primero centra la mirada en el mundo fluvial, la navegación como puerta de salvación, huir de la viruela introducida por el invasor en el universo cocama. En la secuencia de los ríos torturados asistimos a la fusión del mito shipibo sobre la creación del mundo y la historia de la navegación. Los daguerrotipos se distinguen de otros procedimientos porque la imagen se forma sobre una superficie de plata pulida como un espejo: la página del libro. En la tercera secuencia titulada con acierto «Instantáneas de la savia primitiva» la imagen revelada está formada por partículas microscópicas de aleación de mercurio y plata, ya que el revelado con vapores de mercurio produce amalgamas en la cara plateada de la placa. Es el método Vílchez. Y ese procedimiento es empleado en cada uno de los sujetos en los que se concentra la mirada. No tiene pierda. Hay que leerlo con urgencia. En otra serie de daguerrotipos nos encontramos con el caso de Venancio: «Renueva la galería de caucheros amazónicos, saturada de un extremo a otro por barones, capataces, patronos y empleados

blancos y mestizos». No fue el único. Hay otros casos de paisanos que traficaban con sus propios hermanos.

En «La salvación artística» estamos ante un gigantesco ejemplo de arte rupestre, «un impresionante ejercicio de grandeza plástica, una incorporación de la creatividad artística del hombre del pasado, porque es una innovación». Desde su visión, la obra de Víctor Churay, «artista de procedencia indígena, bora de nación» ha surgido de un legado antiguo. «De una riqueza incuestionable, de una pintura ancestral selvática destinada a revolucionar la concepción plástica de los venideros. O de los artistas del presente. Esa pintura rupestre tiene su más alta cumbre en la citada Cueva de San Antonio y se nutre de incontables lugares con registros plásticos del pasado remoto». Se trata de sitios lejanos donde se desborda una riqueza de trazos, de líneas y de símbolos, donde anida la concepción del mundo de entonces. Esa plástica, sostiene el ojo que piensa, tuvo su primera evolución cuando adoptó, en tiempos coloniales, la vertiente religiosa.

Pero en el capítulo «Itinerario de variados cónsules» no se asiste solamente a la cita de personajes muy cercanos como el líder aguaruña Hermenegildo Einturpa y su hazaña de cruzar a pie todo el país para solicitar al Congreso de la nación levantar «una fortificación, un muro alrededor de su aldea amenazada por variados peligros».

En realidad, todo el libro alude a hechos concretos y a nombres propios. Nombres de los protagonistas de nuestra historia y de nuestros dramas. Muchos de los lectores de mi generación podrán reconocer ahí, en medio de la maraña, en los campamentos, en las canoas o en los barcos a los cómplices y víctimas. Sí, claro que sí. No es una ligereza. Ahí están nuestros abuelos, en uno y otro bando.

El cierre de esta colección de daguerrotipos se concentra en «Registro de la rebelión ignorada», de los huitotos:

«Entonces quedó como si nada hubiese pasado», como antes, como siempre. Pero en la perenne memoria colectiva de los huitotos esa rebelión, los ejemplares nombres de los líderes, quedó lejos del

olvido. En el imaginario permanece hasta hoy como una evidencia del coraje, del linaje. La rebelión ha sido ignorada, desconocida o no mencionada por nadie. En la novela *El sueño del celta* el escritor Mario Vargas Llosa, por ejemplo, suscribe el equívoco generalizado, el error colectivo de tantos, al sostener que durante el tiempo del caucho no fecundó ninguna importante rebelión oriunda, salvo la del ya aludido Katenere. La victimización de los indígenas selváticos ha dominado hasta ahora esa época. Es tiempo de conceder lugar a Gurai y Sogaima como emblemas de otra historia, una historia que está todavía por escribirse. (p. 535)

Hay que leer *Época del caucho: retratos del horror*, título al que yo me atrevería a agregar el verdadero norte de este libro ejemplar: *y de la resistencia amazónica*. En sus páginas, en sus trazos, en los daguerrotipos, el ojo que piensa ha concentrado inteligencia y voluntad para presentarnos una nueva y diferente visión de nuestra historia.

JORGE NÁJAR

Palabras iniciales

El coraje femenino y la visión oriunda

Era entonces el año de 1445, según narra el Inca Garcilaso de la Vega en sus reales comentarios, cuando una corajuda mujer amazónica hizo una manifestación pública, una marcha de protesta. La primera rebelde de los verdores, hasta ahora, se llamaba Mamanchic. Cuando supo que venía desde el Cuzco el temible Túpac Yupanqui a arrasar Chachapoyas, tuvo primero que vencer su miedo al poder. Que no era poco, considerando el prestigio de los orejones andinos. Después fue de lugar en lugar sacando de sus habituales labores a las damas vecinas, para luego comandar una inusitada embajada con polleras que por el camino empedrado salió a encontrarse con el ejército de guerreros de la sierra. Ella había servido antes en el séquito imperial en el Cuzco y algo conocía del carácter de los encumbrados de entonces. Mamanchic no apeló a la efusión de la violencia ni a la imprevista emboscada. Se enfrentó al llamado Alejandro Magno de América y le interpuso la magia de su verbo, la razón de su palabra oral. El líder andino frenó sus arrestos de conquista, renunció a su efusión de armas y picó espuelas con todos sus guerreros. Este episodio de coraje antiguo revela, desde la conducta ejemplar de una mujer, la tantas veces citada furia amazónica que anduvo en rebeliones para defender el ámbito propio muchas veces amenazado.

Es por ello que sorprende la también frecuentemente citada victimización de los indígenas selváticos durante el tiempo cauchero. No hay texto, prácticamente, que no asuma ese calvario cuando se refiere a esa barbarie. Nos parece que el horror del genocidio ha impedido una mirada más profunda al papel que cumplieron realmente los oriundos en ese indeseable capítulo de nuestra historia regional. Lo indígena es más que la suma de vejados, de torturados,

de muertos; es más que la adición de restos, de infortunios. El error consiste, nos parece, en considerar a los indígenas como anclados en ese momento de sangre, eludiendo la visión colectiva, la continuidad histórica, donde resaltan muchas virtudes, siendo una de las principales la capacidad de sobreponerse a los desastres. El otro error es el de haber asumido, casi siempre, el punto de vista del cauchero, del patrón, del capataz como victimarios o verdugos de las razas vejadas. El anacrónico modelo se ha repetido de libro en libro, descartando otros asedios. Es posible, entonces, sin olvidar a los criminales, a las víctimas, cambiar el norte de la mirada, considerando a los indígenas amazónicos como un todo y partiendo desde el interior de sus logros y sus hallazgos para referirnos a esa época infausta. Esa visión asume este libro, en lo referente a los textos basados en fotografías publicadas hace un siglo, que el periodista Jaime Vásquez Valcárcel adquirió en Lima y que es patrimonio de la editorial Tierra Nueva.

En la agonía del último suspiro aparece la mujer oriunda en la toma remota. Ella, la víctima anónima, ignorada, es de pequeña estatura, de rasgos aindiados. Está echada en una hamaca raída en una postura de abandono a las labores de la ruina sin salvación. En su envejecido rostro, en su cuerpo esquelético, hizo su lugar y su posada el deterioro como algo perpetuo, incorporado desde siempre a su vida breve. En el umbral de su fin, parte sola para siempre, sin el calor de alguien cercano, sin nadie a su lado como consuelo antes del viaje al más allá. No están todavía los dioses del bosque para conducirla a la morada definitiva. En la miseria de ese instante, lo último que sus ojos verán serán los humildes utensilios domésticos que la rodean. El retrato es pavoroso, feroz. Para siempre, ella no tiene nombre ni señales de identidad. No tiene lugar en la tierra ni en el descanso eterno. En el dolor que no cesa, en el suplicio que se prolonga parece estar evidenciado la permanente agonía de tantos linajes indígenas amazónicos.

La vista fue tomada por un fotógrafo anónimo y fue publicada en 1912 por la revista *Varietades*. Luego apareció en otras partes.

Como una denuncia queda hoy en la memoria. La fotografía, como testimonio de infamias, como revelación de homicidios, jugó un papel crucial durante esa época infausta. También como elemento de manipulación y de interesada farsa. Es conocido que las primeras alertas sobre la barbarie fueron publicadas por el periodista Benjamín Saldaña Rocca, en *La Sanción* y *La Felpa*. Era la primera vez que el periodismo se convertía en el mejor de los oficios en la maraña. La escritura se batió gallardamente para combatir el genocidio. La fotografía de indígenas encadenados y con huellas de torturas en sus espaldas fue decisiva en el rubro de la denuncia contra los crímenes del Putumayo. Los cuerpos cobrizos alineados como ante el patíbulo, las carnes laceradas como condenados a un castigo eterno aparecieron en la portada del libro *Putumayo: el paraíso del diablo*, de Walter Hardenburg, y el impacto visual fue inmenso, pues los crímenes dejaron atrás los límites de la aldea y de lo local para adquirir dimensión internacional. En ese mismo libro el autor editó la fotografía de la mujer agonizante que citamos líneas arriba. En ambos casos se ignora a los autores de las tomas. Ese rasgo, el del anonimato del fotógrafo, había de ser la marca mayor de las vistas de aquella época desdichada que tenían que ver con la denuncia del genocidio. Lo cual es comprensible, considerando el régimen criminal que implantaron los caucheros con Julio César Arana a la cabeza.

En la galería fotográfica del horror destaca la publicación del perseguido juez Carlos A. Valcárcel. Es hasta ahora el documento más sobrecogedor sobre la victimización de esa época, en la medida en que las tomas son restos o desechos de las víctimas que perduran después de las cenizas. Era la primera vez que se tuvo un documento gráfico sobre los oriundos, donde resalta la crueldad sin límites, la brutalidad insana de los verdugos que probablemente merezcan una explicación patológica. Las fotos se muestran en el libro *El proceso del Putumayo*, que se publicó por primera vez en 1915. Las fotografías fueron alineadas por el autor como evidencias irrefutables de los desmanes y los crímenes cometidos y sirven como complemento del

texto del libro en mención. El que recorre hoy en día esas páginas no puede menos que sufrir traumas ante la crueldad manifiesta, ante los desmanes increíbles cometidos contra los indígenas como un museo de lo más abyecto de la condición humana que, desde luego, no fue patrimonio exclusivo de los caucheros y sus secuaces. El horror del exterminio atraviesa a lo largo y ancho de la historia universal de ese espanto que es el hombre.

En los exclusivos ambientes del estudio Pathé Frères, del codiciado París de entonces, estuvo en faenas de aprendizaje el más rotundo servidor fotográfico de los caucheros. Era don Silvino Santos, portugués de nación, sujeto relacionado familiarmente con Julio César Arana, varón sin sombra de culpa que nunca dejó de buscar imágenes a favor de la barbarie. En Francia estuvo para aprender las técnicas cinematográficas y en ese rubro filmó por lo menos dos documentales sobre las hazañas y los milagros de los caucheros. Pero esa es otra historia. Lo que cuenta en esta ocasión es que, en el estricto terreno de la fotografía, Santos hizo una faena impecable, una labor sin desperdicio. El momento más importante de esa carrera servil fue cuando acompañó como fotógrafo oficial a los cónsules que visitaron los laberintos sangrientos del Putumayo, como veremos en el capítulo séptimo de este libro.

En el prestigioso museo de Cambridge todavía hoy queda el archivo donado por el capitán de los Húsares de la Reina, un tal Thomas Whiffen. Él estuvo por los meandros de algunos ríos selváticos persiguiendo las huellas de un personaje perdido. El barón Julio C. Arana lo contrató para que rastreara las huellas del desaparecido Eugène Robuchon. En su itinerario tomó incontables fotografías que luego sirvieron para apoyar las versiones tendenciosas sobre los indígenas amazónicos, donde se refuerza la idea de que eran feroces caníbales. Entre las cien vistas que donó a dicho museo hay de todo: fotos ajenas, fotos amañadas, una de las cuales es un montaje de mujeres indígenas. Entre Silvino Santos y el citado hubo una alianza de sangre, un enlace indestructible para servir a la versión dominante.

Entre ambos no agotaron la manipulación de la fotografía, como veremos en su momento.

El primero que trató entre nosotros a la fotografía como material referente para la escritura fue Miguel Donayre. En *Napoleón en la floresta*, en el capítulo «Las imágenes como persuasión y argumento, caso del Proceso del Putumayo», se basa en las fotografías del libro ya citado del juez Valcárcel para alinear las tomas como en un enfrentamiento entre victimarios y víctimas. No hay término medio. Las dos versiones enfrentadas para siempre, aprovechando la perennidad de las fotos. Los textos se refieren a cada toma, donde resaltan las posturas ante la cámara de cada cual o el espectáculo pavoroso de los instrumentos de tortura, las huellas de la barbarie, los restos de los difuntos. En el flanco de las víctimas, el autor resalta el anonimato como marca mayor de los ausentes, como si esas vidas no hubieran servido para nada.

En el presente libro, las fotografías han sido seleccionadas en un afán de dar una visión global de ese tiempo. En lo posible, los retratos son inéditos o no conocidos por muchos. Los textos comienzan siempre refiriéndose a la cultura indígena amazónica, al rico imaginario ancestral, a personajes del pasado, a eventos que tuvieron como eje protagónico a los oriundos de la maraña del Perú. A partir de esa opción aparecen luego los episodios vinculados a las caucherías. En algunos casos, ambos hechos se ubican en los extremos. De esa manera, aprovechando la sucesión de fotos y algún conocimiento de la historia oriunda, ha sido posible esbozar una visión de ese tiempo a partir de la verdad de los indígenas amazónicos. No hemos hecho otra cosa que seguir la cornisa desde donde intervino Mamanchic para oponerse a la barbarie imperial cusqueña.

PERCY VÍLCHEZ VELA
Iquitos, setiembre de 2011





Capítulo primero

Secuencias de ríos torturados

Entonces, en el principio, antes de que algo ocurriera, antes del inicio del tiempo y su destierro, antes de las penurias y de las pestes, antes de que el camino verdadero se perdiera, apareció el agua como fecundidad primera del mundo y de la vida. En el fértil imaginario ancestral asháninca, la única gota destinada venció a lo infecundo, a la nada, al vacío, y creció desde sus entrañas hasta las alturas, germinando en otras gotas para que apareciera el torrente inaugural. El mundo oscuro de antes, el mundo desolado del pasado, desapareció y vino gente. El sentido genésico del agua explica poéticamente al país de la maraña de tantos ríos. El ser primordial es de agua más que de otra sustancia y desborda todo límite. En el apacible silencio de su gabinete de trabajo, el cosmógrafo o geógrafo Juan de la Cosa ignoraba el destino sagrado del agua selvática, desconocía cualquier elucubración trascendente sobre el río de los oriundos y, sin pedir permiso a las divinidades, viajó imaginariamente por el desbordante Amazonas.

En ese entonces se sabía poco de esa patria de aguas, de ese continente acuático, pero el itinerario del aludido fue emocionante, pródigo en percances fluviales, poblado de aventuras. Nadie debía interrumpirlo mientras diseñaba el primer mapa de ese río apabullante. En la superficie del papel extendido, con febril mano, comprimió, redujo, disminuyó el recorrido kilométrico, la dimensión mítica, la furia interior y exterior, de esa maravilla de la naturaleza. No se descarta que en algún momento de su labor pudo sentirse dueño total de esa arteria gigantesca. Completamente absorbido por el paso de las aguas, el rugido de las olas, la presencia de gentes desconocidas, estampó líneas, trazó pueblos, escribió nombres. Al final de su tarea

apasionante, el mapa casi nada tenía que ver con ese río. Era una representación gráfica que después iría adquiriendo otros diseños a lo largo y ancho de la historia. En ninguno de los tantos mapas del Amazonas, por las lógicas limitaciones de los trazos, figura la verdadera historia de ese grande río.

Las precarias naves del almirante Cristóbal Colón hacía poco habían arribado a las tierras inéditas, cuando un navegante se hizo a los azares del viaje, a las incertidumbres de la travesía. La fortuna quiso que encontrara la trepidante desembocadura de un río sin fronteras aparentes. El espectáculo de esas aguas combatiendo antes de perecer en el Atlántico no debió impresionarlo mucho, pues Vicente Yáñez Pinzón, el varón que comandó con indiscutible destreza la Niña, no tenía en ese momento intenciones de sagaz descubridor, desvelos de futuro colonizador. Anhelaba depredar, guiado por la codicia. Así se dio a la extracción repentina y arbitraria del palo brasil. Ignoró que estaba en propiedad ajena, en terreno de otros. La violencia estalló sin remedio. Los primeros muertos aparecieron de uno y otro lado. El saldo sangriento se completó con la toma de treinta y ocho prisioneros indígenas. El drama oriundo, que se repetiría después con dramática insistencia, comenzó en esa colisión inicial. El suceso de la codicia, con su secuela de sangre y de muerte, es el pasaporte de entrada del Amazonas a la historia occidental. Los episodios posteriores habían de repetir, extender, amplificar ese ingrato precedente.

El Amazonas no tenía ese nombre cuando afiebró el imaginario de su época, gracias a la noticia de Vicente Yáñez que tuvo que huir precipitadamente. Era 1500. La fortuna quiso que después don Francisco de Orellana lo recorriera de bajada en un itinerario azaroso, donde estuvo a punto de perecer ante el reiterado encono de los oriundos. Cuando luego pretendió surcar el vasto río, no alcanzó su destino e incrementó el censo de ahogados. El primer poema que se escribió en honor del Amazonas nada tuvo que ver con la alabanza fluvial, la hermosura de las orillas, el registro de las olas furtivas,

espejos de lo transitorio de la vida, sino con la sangre y la muerte. La codicia, otra vez, apareció aguas arriba e hizo estallar la expedición condenada de los marañones. De la ambición de saquear un vegetal, los forasteros pasaron a anhelar el oro inexistente, extraviados dentro de las ilusiones de El Dorado. La cartografía del crimen se desbordó entre la vegetación de las orillas, la brisa que corría, el verde paisaje de siempre. La matanza fue mutua. La cabeza decapitada del renegado, revoltoso y alzado permanente, Lope de Aguirre, selló macabramente esa jornada de violencia fluvial.

Entonces, desde el puerto de La Laguna partieron de prisa sesenta canoas. En esas naves, miembros de la agredida nación cocama se iban para no volver. Huían bajo el terror que se venía, escapaban con espanto de la muerte desatada. La navegación era una puerta de salvación que aparecía en el horizonte. El tiempo de otra peste había estallado. En esa ocasión remota era la viruela que venía por la ruta del río Huallaga, asolando, arrasando con los oriundos desamparados ante el mal. Los cocamas de ese entonces tuvieron suerte porque lograron escapar, consiguieron después atracar en una de las islas dominadas por los omaguas, dando inicio al descubrimiento indígena de los castellanos (Vílchez Vela, 2008, p. 167). Otros oriundos no consiguieron escapar de esa peste desatada. Antes y después, otras plagas diezmaron a la población indígena. Ríos y pestes entonces se enlazaron en un abrazo macabro.

La navegación del Amazonas permitió que otros ríos selváticos se incorporaran luego a la cartografía de la navegación forastera. El ingreso de otras naves y otras ambiciones ampliaron la furia de los males entre los oriundos. Entonces se desató el tiempo del destierro. La otra tragedia que enlutó las orillas selváticas fue el forzado desplazamiento, el impuesto desarraigo de pueblos enteros. La fundación de conversiones, lugares elegidos previamente por los misioneros, fue una catástrofe, porque desplazó a los oriundos, condenándolos a un destierro permanente y de por vida que ninguna oración consiguió enmendar. Los yameos pagaron un alto precio después que

perdieron sus lugares. No pudieron vivir en otras tierras, lejos para siempre de sus aldeas originales, lejos de los primeros despertares. La aludida nación está hoy extinguida, y su fin tuvo mucho que ver con el suicidio. Por cualquier motivo, ellas y ellos se quitaban la vida. La generosa implantación del evangelio generó sus víctimas, incrementó la urna funeraria histórica de la maraña del Perú.

En su afán de perennizar sus incesantes y frecuentes viajes a lo largo y ancho del portentoso río y de otras arterias fluviales, donde aconteció de todo como en una jornada novelesca, el jesuita Samuel Fritz no se contentó con los datos de la escritura. En largos años, en extenuantes labores ejecutadas en las pausas de sus itinerarios y sus oficios religiosos, delineó el mapa del Amazonas. Contemplado hoy, después de siglos, esa obra arroja un mundo sereno y apacible, un paisaje sosegado. En su optimismo ávido de travesías y de aventuras, un probable viajero que con imaginación desbordada podría recorrer, sin moverse de su sitio, toda la estatura de esa arteria innumerable. Entonces, podría partir desde la confluencia entre el Ucayali y el Marañón, asomarse a sus incontables tributarios y navegar sin tregua hasta arribar al mar y sus criaturas. Todo sería calma fluvial, sosiego de aguas tranquilas. El misionero jesuita, en las líneas que trazó, en los dibujos que hizo, en los nombres que puso, no consignó las tragedias que estallaron y que estallarían después. El más trágico momento fluvial, hasta la fecha, está vinculado a uno de los más célebres tributarios del Amazonas: el río Putumayo.

En el imaginario individual y colectivo ha quedado como un cauce de sangre, un recorrido del horror. Río del diablo, posiblemente, sea el nombre más brutal que recibió esa arteria que interrumpe el mapa del citado misionero como una herida que se prolonga partiendo de la orilla izquierda del Amazonas, y parece no tener fin. Angosto, sinuoso, podría parecer hasta insignificante. Pero con esa traza fecunda varios países y en su vasta trayectoria describe un arco entre bosques y otros ríos. Desde el inicio en la historia occidental el Putumayo se relaciona con el olvido de los centros de poder,

que, sin embargo, se obstinaron en mantener la hegemonía sobre esas aguas. El destino violento del Putumayo encontró su punto más alto en el pasado cuando se convirtió en eje de la discordia fronteriza entre los reinos de España y Portugal. Los lusitanos, después del extenso viaje que realizó el capitán Pedro Texeira, ignoraron la travesía de Francisco de Orellana y adelantaron la línea de límites acordados entre ambos dominios. La improbable Aldea de Oro, pueblo imaginario, sede inventada o lugar de miserias, se convirtió en término del inmenso territorio del futuro Brasil. El Putumayo fue así enajenado. Es decir, salió del mapa del virreinato del Perú. El hecho influyó en las décadas posteriores. Arteria en litigio, aguas en discordia, tardó en regresar al mapa de un país que lo descuidó tradicionalmente. El abandono secular de esa zona se instaló sin más en las decisiones del centralismo colonial y republicano. Hasta ahora.

El sargento Santiago Cárdenas podría figurar con todo derecho en la galería de los héroes desafortunados, de esos guerreros que no vacilan en arrojarse contra lo imposible. La independencia del poder castellano era ya un hecho cuando el aludido salió de algún lugar del río Putumayo para oponerse a la emancipación desatada. Todos los funcionarios castellanos, incluyendo al señor obispo, habían fugado de la floresta. Eran ya sombras ausentes y el aludido era ya una figura equívoca, alguien del pasado, cuando se arrojó a la guerra comandando a sus huestes decididas a matar o morir por una causa ya perdida. El sargento Santiago Cárdenas quería acaso inmolarsse por la gloria pasada, desgraciarse lejos del esplendor de antaño. En las orillas del ridículo entonces dejó el río mencionado, ingresó al Amazonas, navegó hasta el Huallaga y, debido al factor sorpresa, tomó por asalto la ciudad de Moyobamba. «Una victoria como esa y estoy perdido», pudo parafrasear a Pirro de Epiro, porque las huestes patriotas recuperaron dicho lugar poco después. El Putumayo seguía siendo un centro irradiador de violencia.

Era el 6 de noviembre de 1864 cuando, con inaudito retraso, arribó al puerto de Iquitos, y en misión fundadora, la nave conocida con

el nombre de Putumayo. El nombre de aquel río lejano, perdido en la inmensidad, oculto por las marañas, designó a aquel barco que era parte de una flota que demoró en arribar a su destino. La primera nave tenía el nombre de otro río, el Morona, y fue detenido meses en el Pará por violar los principios de la navegación fluvial. El primer barco que arribó entonces a ese puerto fue el Pastaza, otro río perdido en la hoya selvática. El último de la serie tenía el nombre de otro río marginal, el Napo. Los nombres fluviales de las naves venidas de tan lejos parecían un homenaje a la región de tantos ríos alejados de los variados intereses de la navegación. El Amazonas seguía siendo la presa codiciada, la alhaja de la corona acuática. Esa especie de homenaje centralista no fecundó una campaña de conquista de esos ríos. El Putumayo siguió siendo una causa perdida mientras los barcos fundadores padecían el infierno de la ruina.

La nave Cahuapanas fue el barco peruano que de una manera oficial navegó por primera vez por el desconocido e ignorado río Putumayo. El que comandó los destinos de la misma fue el prefecto Pedro Portillo, un hombre que se preocupó por ejecutar expediciones por diferentes ríos alejados como una manera de contribuir al conocimiento y posterior conquista de esas aguas marginadas. Un hombre, además, que pudo cambiar la nefasta historia de las caucherías, cuando pretendió enfrentarse a los extractores abusivos revisando las cuentas de los fundos para detectar en la manipulación de las cifras, los números, los brutales excesos contra los indígenas. El hecho de que no pudo llevar a cabo su anhelo revela que la maquinaria del esclavismo y del crimen gomero volaba alto, arribaba hasta el poder central del Perú. Pero esa es otra historia. Cuando navegaba por dicho río no sospechó que las cosas eran peores de lo que entonces conocía y que después estallarían el escándalo que alcanzó estatura mundial. El informe que escribió después de la prolongada travesía fue un documento interesante que bien pudo servir para futuras incursiones y para acciones tendientes a incorporar a esa arteria acuática a la navegación fluvial, pero quedó en olvidados estantes,

en silenciadas gavetas del centralismo. No pasó absolutamente nada a favor de la conexión con esa periferia abandonada.

De ese abandono se aprovechó el cauchero mayor, Julio César Arana, para apoderarse de ese río lejano. Cuando ingresó por primera vez al Putumayo tuvo que pedir permiso a las autoridades fluviales del Brasil. Las cosas cambiaron con el paso del tiempo, con el auge del precio de la savia en los mercados internacionales y sus maniobras, dolosas o no, legales o no, para conquistar fortuna y renombre. La historia de cómo consiguió escalar posiciones, apoderarse de los fundos de otros, eliminar a los competidores en la extracción cauchera es brutal desde cualquier punto de vista. El dinero y las armas se aliaron para avanzar en una alucinante carrera hacia el dominio de un vasto territorio que luego se convirtió en su reino privado, en su país personal. La violenta toma del fundo Último Retiro fue un hecho emblemático del torcido sistema de Arana. Ese instante selló su destino de rey de la savia, en la medida que acabó con los últimos caucheros colombianos que estorbaban sus ambiciones de hegemonía. Pero también representó el inicio del abismo, puesto que permitió la inesperada aparición de un testigo de sus desmanes que iba a convertirse en un difusor internacional contra el genocidio: Walter Hardenburg.

El lejano y abandonado Putumayo acabó como dominio único, como propiedad exclusiva. Era el centro del imperio y nadie podía navegarlo sin pedir permiso a su amo y señor. Contingentes armados recorrían su cauce como una custodia a la flota de veintitrés naves que iba y venía trayendo mercaderías y llevando el caucho primitivamente tratado. No se había visto nunca la expropiación de un río que debió ser propiedad estatal. El Putumayo era el eje de una conexión de ríos distintos ubicados en una vasta cuenca. El Caquetá, el Gálvez, el Igaraparaná y tantas otras arterias acuáticas pasaron a formar parte de un laberinto embarcado en la explotación cauchera. La caza de esclavos oriundos para venderlos luego en los mercados del Pará fue un momento atroz que se instaló en tiempos coloniales

en esas aguas, pero era poca cosa considerando la barbarie brutal de la explotación de un recurso vegetal.

En el presente, los ríos amazónicos no están libres de males, de daños. Las viejas heridas y desgracias se han modernizado. No hay ya pestes ni caucho. Pero las codicias siguen en pie. Variadas contaminaciones afectan sin piedad tantos ríos. Las nuevas riquezas no dejan de pasar la factura para ser extraídas o sacadas del suelo y de las entrañas de la tierra. El Nanay padece de abundancia de mercurio debido a la explotación de clandestinos buscadores de oro. El Marañón no deja de padecer derrames petroleros que alteran la flora y la fauna. El Pastaza, desde hace cuarenta años, soporta las perniciosas evacuaciones petroleras. Y así sucesivamente. El Putumayo sigue siendo un río olvidado, marginal, excluido. Nada cambió las desgracias que ocurrieron en sus orillas. Los viajes en barcos en ruta demoran una eternidad. De vez en cuando estallan hechos de violencia, gestas de sangre que tienen que ver con la labor de bandas dedicadas al tráfico de droga o a otros menesteres nada santos ni limpios. La ilusión de una carretera salvadora consume la mente de algunos desde hace tiempo. En el presente, ya está todo sobre esa obra, falta el financiamiento, sin embargo. ¿Abandonará alguna vez su desgraciado destino personal ese río de espanto, de horror y de muerte, para tantos oriundos de las selvas del Perú?



